



FACULTAD DE TEOLOGÍA  
SAN VICENTE FERRER

# ANNALES VALENTINOS

REVISTA DE FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA  
Nueva Serie. Año V 2018 Núm. 9

## ÍNDICE

Pág.

José Ramón López de la Osa <b>Violencia y religión</b> .....	1
José María Pérez-Soba Díez del Corral <b>Violencia y religión. La elección de Lot</b> .....	5
Alfonso Esponera Cerdán <b>Las expulsiones de los judíos (1492) y moriscos (1609). ¿Expresiones de violencia y religión? Algunas precisiones conceptuales previas</b> .....	29
Isidro Cicero <b>Dioses, miedos y llantos. La mixtura de religión y violencia reflejada en la literatura</b> .....	49
Jesús Herrero Marcos <b>Violencia y religión. Un comentario desde el románico</b> .....	75
Moisés Pérez Marcos <b>¿Es Tomás de Aquino un evolucionista? Filosofía Tomista y ciencia contemporánea</b> .....	101
Juan José Garrido Zaragoza <b>Zubiri y Aristóteles</b> .....	125
Ángel Gerónimo Llopis y Miguel Navarro Sorní <b>Dignidad e indisolubilidad del matrimonio en Clemente de Alejandría, desde una perspectiva antropológico-filosófica</b> .....	143
Francisco Javier Aznar Sala <b>El laicado en la iglesia actual</b> .....	167
José Pérez Adán <b>La función social de la paternidad responsable</b> .....	185
<b>Recensiones</b> .....	203
<b>Publicaciones recibidas</b> .....	225

ESCRITOS  
DEL VEDAT

# EL LAICADO EN LA IGLESIA ACTUAL

*Francisco Javier Aznar Sala\**

## RESUMEN

El Concilio Vaticano II significó una renovación de la Iglesia y una adecuación de la misma a los desafíos de los tiempos modernos. No obstante, son muchos los retos que quedan pendientes en un marco de secularización como el actual. El espíritu del Concilio todavía no se ha plasmado en toda su expresión y quedan cuestiones importantes por dilucidar. Una de ellas es el lugar que debe ocupar el laico en la Iglesia en la nueva evangelización.

## PALABRAS CLAVE

Secularización, Laicado, Concilio Vaticano II, Clero, Cambios.

## ABSTRACT

The Second Vatican Council meant a renewal of the Church and an adaptation of the Church to the challenges of modern times. Nevertheless, many challenges remain pending in a framework of secularization as the current one. The spirit of the Council has not yet emerged in all its expression and some important issues remain, as the place of the laity in the Church, to elucidate and accommodate in the new evangelization.

## KEYWORDS

Secularization, Laity, Vatican II, Clergy, Ecclesiastic change.

---

\* Facultad de Teología San Vicente Ferrer de Valencia. (España).

## INTRODUCCIÓN

El contexto del presente estudio se sitúa desde una perspectiva histórico-crítica acerca del papel de laico en la Iglesia. Intentamos analizar la realidad actual de esta figura a la luz de lo dicho por algunos de los agentes más sobresalientes en cuestiones eclesiológicas desde una perspectiva pastoral y sociológica. Pasados ya 50 años del Concilio Vaticano II, momento en el que la Iglesia reflexionara con mayor ahínco sobre la misión del laicado a nivel interno y en las estructuras del mundo, no parece que esta figura haya desarrollado todavía todo la potencialidad que se espera de él o que estructuras demasiado rígidas no le hayan dado el espacio que merece.

El artículo está elaborado desde una perspectiva europea, ya que la realidad Latinoamérica dista bastante de la nuestra. Así pues, el papel del laico se ha de considerar según las iglesias particulares y no a nivel general, pues no es lo mismo el laicado español que el laicado de algunas regiones de América Latina, donde la presencia del sacerdote era muy escasa y el laico tuvo que desarrollar por necesidad su presencia en la pastoral. En este contexto de la Iglesia latina, incluso previo al Concilio Vaticano II, fue de un gran protagonismo y con características propias.

Los objetivos del artículo son los de describir y revisar la realidad actual del laicado como *pueblo de Dios* desde el nivel histórico, analizando el presente y apuntando posibles líneas para el futuro. Además, nos interesa discernir si lo dicho por el Concilio sobre el papel del laico en la misión de la Iglesia se ha ido implementando en el seno eclesial o, por el contrario, queda todavía mucho camino por recorrer y en qué sentido.

Las fuentes utilizadas se han centrado en los documentos magisteriales más importantes y lo dicho por algunos de los pensadores más sobresalientes en temas de actualidad religiosa. No podemos olvidar lo que los distintos papas han ido diciendo al respecto, desde Pablo VI a Benedicto XVI, concluyendo con las últimas reflexiones del papa Francisco en la *Evangelii Gaudium* –sobre la realidad del laicado en el presente– y a qué metas apunta. Los resultados esperados son los de descubrir a la luz de una crítica literaria adecuada la realidad del laico en la Iglesia actual y reflexionar sobre las posibilidades que se abren para este importante sector del pueblo de Dios.

## 1. EL GIRO DEL CONCILIO VATICANO II

Nos parece interesante centrarnos como punto de partida en el Concilio Vaticano II (1962-1965) por lo que supuso dicho evento y por el reto que tuvo que afrontar la Iglesia en medio de un mundo convulso pasados ya 50 años de su promulgación. Además, el Concilio puso las bases para una renovación eclesial que todavía no se ha desarrollado en toda su plenitud y que debiera implementarse en lo que su espíritu supuso en una comunidad eclesial en misión. La Iglesia no fue ajena en su momento a los cambios que recorrían occidente y que también la sacudían desde dentro. El nacimiento de una Europa unida y su identidad cristiana parecían cimentar la unidad de los europeos en torno a unos determinados valores, pero esto únicamente se daba en apariencia pues estaba en germen un viento de contradicciones internas que también hablaban el lenguaje de la secularización. Una vez finalizado el Concilio se produjo cierta confusión a nivel interno, pues no se entendía de qué modo debía acercarse la Iglesia al mundo: el abandono de numerosos sacerdotes y religiosos, la inseguridad doctrinal, la pérdida del impulso misionero, el desánimo en la educación religiosa por una gran parte de los religiosos encargados de ella, la disminución de la asistencia de fieles a la misa dominical que, unido a la desafección institucional, específicamente en el terreno de la moral, se dejaron sentir con fuerza después de la aparición de la *Humanae vitae* de Pablo VI en 1968. Tras el anuncio hecho por el papa Juan XXIII dio comienzo el Concilio Vaticano II en 1962 para terminar en 1965 con Pablo VI.<sup>1</sup> El Vaticano II intentó dilucidar una respuesta al modernismo. La Iglesia se vio ante la preocupación de dialogar con una sociedad que parecía alejarse cada vez más de su mensaje. La sociedad se presentaba con los adjetivos de secularizada, pluralista, científico-técnica, de producción y consumo o interdependiente. Todo ello supuso un enorme reto para la vida del cristiano en medio de una sociedad en profundo cambio.

La figura del laico cobró especial relevancia a raíz del Concilio, pues se la dotó en los mismos documentos conciliares de un protagonismo del que había carecido hasta entonces y se percibía que la Iglesia pretendía establecer un nuevo marco donde el laico se sintiera parte

---

<sup>1</sup> Asistieron representantes de las Iglesias cristianas no católicas y participaron más de 2.400 obispos de todo el mundo. Según el papa, se reunía el concilio para hacer presente el mensaje de la Iglesia en el mundo y mostrarse sensible a la razón y al corazón del hombre empeñado en la gran revolución técnica del siglo XX.

integrante de la misma misión de la Iglesia en el mundo. La intención fundamental del Vaticano II era la de marcar un cambio histórico en la comprensión de la fe cristiana y el modo cómo debía acercarse al mundo: “La decisión de Juan XXIII de celebrar un nuevo concilio [pretendía hallar] un empeño y un esfuerzo común, de un largo período histórico que parecía ya concluido y carente de futuro”.<sup>2</sup> En la conciencia de todos estaba la idea de cerrar una etapa histórica *postridentina* y dar paso a una etapa histórica nueva. De alguna manera, el laicado se vio como una herramienta decisiva para entablar puentes de diálogo con un mundo que se apartaba cada vez más de los postulados eclesiales. Con este fin, la Constitución dogmática *Lumen Gentium* destacó la necesidad de que emergiera el hombre del siglo, o sea, el laico en su vida cotidiana:

A los laicos corresponde, por propia vocación, tratar de obtener el Reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios. Viven en el siglo, es decir, en todos y cada uno de los deberes y ocupaciones del mundo, y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, con las que su existencia está como entretejida. Allí están llamados por Dios, para que, desempeñando su propia profesión guiados por el espíritu evangélico, contribuyan a la santificación del mundo desde dentro, a modo de fermento (LG 31).

Es propio del laico, y así lo reconoce explícitamente el Concilio, cooperar con las estructuras del mundo en orden a hacer presente el evangelio, cuando hasta entonces la relevancia del presbiterado había relegado al laico al simple papel de grey. El Decreto *Apostolicam Actuositatem* revalidará esta nueva dimensión laical. A decir de algunos autores, este debería ser el verdadero espíritu de la secularidad, pues el laicado era capaz de jugar un papel determinante en el seno de la sociedad del momento sin estar necesariamente referida al clérigo, cerrada en ocasiones a dialogar con unas estructuras jerárquicas excesivamente clericalizadas.<sup>3</sup> Como señala el Decreto *Apostolicam Actuositatem*, los laicos poseen un papel cada vez más significativo en la evangelización y hay que darles el lugar que se espera de ellos y al que el clérigo no podía llegar:

Nuestros tiempos no exigen menos celo en los laicos, sino que, por el contrario, las circunstancias actuales les piden un apostolado mucho más intenso y más amplio. Porque el número de los hombres, que aumenta de día en día, el progreso de las ciencias y de la técnica, las relaciones más

---

<sup>2</sup> G. ALBERIGO, “La condición cristiana...”, 34.

<sup>3</sup> G. REDONDO, “Secularidad y secularismo”, 100-121.

estrechas entre los hombres no sólo han extendido hasta lo infinito los campos inmensos del apostolado de los laicos, en parte abiertos solamente a ellos, también han suscitado nuevos problemas que exigen su cuidado y preocupación diligente (AA 1).

El espíritu de la modernidad entró en crisis después de la II Guerra Mundial y el mismo Papa Pío XI animó a los fieles laicos a que formaran parte de la *Acción Católica*, para ayudar a conformar un nuevo orden social donde imperara el valor evangélico y la formación de estos. Se hizo necesario poder presentarse ante el mundo en una actitud dialogante y no de condena:

Después de la Segunda Guerra Mundial, se alzan en Europa las voces de muchos teólogos que buscan la especificidad cristiana “en el seno” del mundo moderno y no “frente” al mundo moderno, que tendrán su epígono en el pontificado de Juan XXIII, con su famoso *aggiornamento*,<sup>4</sup> para lo que convocará el Concilio Vaticano II.<sup>5</sup>

Lo difícil en este nuevo escenario era encontrar el sitio real al laicado dentro de una estructura excesivamente jerarquizada y donde el laico no había hallado su colaboración de forma clara en el funcionamiento interno de la Iglesia. Se intentó establecer un marco de mayor cooperación con las estructuras del mundo y donde la conciencia de misión del laicado quedara más explicitada: “Los laicos pueden ser llamados de diversos modos a una colaboración más inmediata con el apostolado de la jerarquía” (LG 33); pero la verdad es que este acercamiento a los laicos no se iba a producir de la noche a la mañana y pasaría mucho tiempo hasta que este nuevo enfoque fuera calando, no sólo en la estructura eclesial, sino también en la forma en que el laico tiene de comprenderse a sí mismo y su papel en la Iglesia [sin necesidad de clericalizarse]. Este es el reto que perdura todavía en la Iglesia en el presente y que retomará con fuerza el papa Francisco en el primer año de su pontificado y dentro de la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, como texto fundamental que abordaremos para entender la misión del laico en la actualidad y su recorrido desde el Vaticano II.

Sea como fuere, este intento de integrar a los laicos y darles una preponderancia que hasta entonces se les había negado, condujo a confu-

---

<sup>4</sup> “Aggiornare” tiene las connotaciones de “alcanzar” y de “adaptarse” a los tiempos. J. CASANOVA, *Genealogías de la secularización*, 178.

<sup>5</sup> J. ELZO, *Los cristianos*, 93.

siones indiscutibles, pues muchos laicos confundieron su papel y entendieron la cooperación a la que se les llamaba como un nuevo modo de clericalismo, como algunos autores hacen notar: “junto a innegables buenos resultados parciales, no se pueden olvidar algunos conflictos como el de la "clericalización" que se operó en los laicos”.<sup>6</sup> La idea era la de dotar a los laicos de una fuerza renovada para que se hicieran presentes en la sociedad civil y en sus labores cotidianas aportando los valores evangélicos y que éste llegara allí donde el sacerdote no llegaba, pero en ocasiones no dejaban de ser presencia indirecta o *longa manus* del presbítero, por lo que cabía afirmar la figura del laico por derecho propio o con una misión original y distinta del religioso o del clérigo.

No se intuía en este periodo lo que la secularidad representaba y que ya estaba en germen. La situación externa de 1960 no difería en demasía de las décadas anteriores, pero la crisis religiosa se había hecho patente y numerosas órdenes religiosas bajo la premisa del cambio se conformaron tanto al mundo que se confundieron con él. Este nuevo viento de secularización traía consigo una nueva perspectiva en germen de la relación de la Iglesia con el mundo civil. De modo que el cambio propuesto por el Concilio era necesario en el nivel intraeclesial y de relaciones con el mundo, pero en no pocos sectores este *aggiornamento* no fue bien entendido:

en este proceso [de cambio eclesial] ocupa un lugar destacado un fenómeno en sí mismo religioso: la mejor o peor asimilación por parte de la intelectualidad de los países cristianos de los preceptos del Concilio Vaticano II.<sup>7</sup>

Lo que se intentó por parte de algunos sectores era tomar posición frente a la concepción individual del liberalismo, donde el cristianismo representaba algo “social” pero rebajado de la dimensión salvífica y litúrgica con la intención de ser entendidos por un mundo en proceso de secularización. Se procuró estar presente en un siglo que se alejaba de los presupuestos religiosos,<sup>8</sup> en parte porque la religión se había separado en exceso de ellos y porque se sintió cierta fascinación por aproximarse a un cristianismo meramente social que convergiera con las ideologías predominantes del momento. Esta nueva cercanía con el mundo subraya

---

<sup>6</sup> G. REDONDO, “Secularidad y secularismo” 127.

<sup>7</sup> J. PÉREZ ADÁN, *Sociología: Comprender la Humanidad...*, 102.

<sup>8</sup> J. CASANOVA, *Genealogías de la secularización*.

la palpable diferencia de una Iglesia retirada del mundo frente a otra que pretendía acercarse más y mejor a la vida de los hombres. En este sentido hubo algunos aspectos interesantes a la par que esperanzadores:

Ayer la Iglesia era considerada sobre todo como institución; hoy la vemos mucho más claramente como comunión. Ayer se veía sobre todo al Papa; hoy estamos en presencia del obispo unido al Papa. Ayer se consideraba al obispo solo; hoy a los obispos todos juntos. Ayer se afirmaba el valor de la jerarquía; hoy se descubre el pueblo de Dios. Ayer la teología ponía en primera línea lo que separa; hoy lo que une. Ayer la teología de la Iglesia consideraba sobre todo su vida interna; hoy es la Iglesia vuelta hacia el exterior.<sup>9</sup>

La institución eclesial se vio con la necesidad de abrirse al mundo y en algunos casos se asemejó tanto a él que fue muy difícil no emular sus criterios con la intención de ser reconocidos por él. La Iglesia, efectivamente debía alejarse de cualquier pretensión de poder político y de cualquier proximidad a las esferas temporales de dominio, pero no por ello debía renunciar a su dimensión sobrenatural y a su especificidad de ser luz del orbe. Este progresivo vaciamiento de lo sacro produjo la tentación en sectores políticos de presentarse como alternativa parareligiosa. En relación a este peligro hay que entender algunas de las manifestaciones de Pío XII alertando de tales riesgos. El mismo cuerpo sacerdotal estaba desconcertado en este instante debido a su pobre formación espiritual ya que algunos de los movimientos eclesiales en pujanza del momento se habían ocupado de otro tipo de cuestiones:

La Acción Católica no había pasado de ser una llamada de buenas intenciones, que discurrió más por la vía de las cuestiones organizativas y estructurales que por la de una espiritualidad sacerdotal sólida y propia.<sup>10</sup>

Los laicos asumieron su papel como fermento en medio del mundo sin la adecuada formación que pedían los nuevos tiempos. El mundo secularizado vivía inmerso en el paradigma de la creencia de un progreso técnico ilimitado. Los laicos como un apéndice más de los clérigos y llamados a entrar en las estructuras humanas, donde los sacerdotes no llegaban, pasaron serias dificultades en su misión y sería ahora difícil determinar si convencieron o si fueron convencidos. Otro de los fenómenos que hablan de tal confusión fue que algunos religiosos vinieron a ocupar

---

<sup>9</sup> G. PHILLIPS, *La Iglesia y su misterio...*, 24.

<sup>10</sup> G. REDONDO, "Secularidad y secularismo", 31.

el papel que correspondía al laicado, pues no sabían muy bien cómo debían desarrollar su papel en medio de una sociedad cambiante.

Pese a todo ello, uno de los grandes logros del Concilio fue el de intentar rescatar el papel del laicado que antes ocupaba un lugar más pasivo que activo. Además, se abrió al diálogo con el mundo asumiendo la libertad religiosa de cada hombre y, sobre todo, la separación de poderes entre la Iglesia y el Estado (GS 36), superando así el espíritu de la Contrarreforma y abriéndose a un ecumenismo dialogante. Así lo percibió Juan Pablo II, al señalar que en el Concilio se dio en el marco de un renovado estilo ecuménico, caracterizado por una gran apertura al diálogo con las demás confesiones religiosas.<sup>11</sup> No obstante, la pregunta sigue planteándose en los mismos términos, ¿Cómo es que el Concilio suscitó tan diversas interpretaciones y cómo es posible que dé sensación que el papel del laicado todavía está por dilucidar en una Iglesia excesivamente clericalizada? Para Benedicto XVI la clave hay que buscarla en una incorrecta hermenéutica de los textos conciliares, pues se plantearon dos hermenéuticas contrapuestas: una desde la discontinuidad y la ruptura y la otra bajo el prisma de la reforma.<sup>12</sup> La realidad, desde una perspectiva sociológica, es que: “en el interior de la Iglesia católica se vivió el Concilio como una confrontación de ambas corrientes”.<sup>13</sup>

El mundo y la política dejan de identificarse con la Iglesia y es la misma institución eclesial la que declara y hace explícito en sus constituciones esta necesaria diferenciación de espacios y poderes. Así lo vemos en la *Gaudium et Spes* al especificar al respecto: “La comunidad política y la Iglesia son independientes y autónomas, cada una en su propio terreno” (GS 76). Se dejan de lado los postulados de autoridad y poder, para ir dejando paso a una Iglesia de comunión y diferenciada del poder político temporal. Esta idea empieza a calar con el tiempo y ya son algunos sociólogos los que se hacen eco de ello:

la Iglesia ha iniciado un camino de alejamiento de las pugnas y debates propios de los poderes cerrados que son distributivos y está intentando separarse de los estados centrándose en su legitimación como colectivo de personas de fe y creyentes que reclaman libertad para actuar como tales en el ámbito público.<sup>14</sup>

---

<sup>11</sup> JUAN PABLO II, *Cruzando el Umbral...*

<sup>12</sup> G. RICHI ALBERTI, “A propósito de la “hermenéutica de la continuidad””, 59-77.

<sup>13</sup> J. ELZO, *Los cristianos...*, 92.

<sup>14</sup> J. PÉREZ ADÁN, *Sociología: Comprender la Humanidad...*, 103-104.

Se introdujo la noción bíblica de *pueblo de Dios* al referirse a la Iglesia y se percibe una necesidad de purificación en el nivel del poder en el mundo por parte de la Iglesia. Este nuevo acento le confiere a la Iglesia una mayor unidad y un rostro más humano dentro del *pueblo de Dios* y su fuerza radica justamente ahí, no en el reconocimiento de prebendas que cualquier estado pueda otorgarle o reconocerle, sino en su total independencia y en dar a los laicos el protagonismo que merecen en orden a la misión.

A la par que fuera calando en el pueblo fiel la necesaria separación de espacios y la necesidad de dar mayor cabida al mundo laical, algunos sectores de la Iglesia, queriendo hacerse uno con el mundo, bajo la intención de que el *pueblo de Dios* sintiera la cercanía de sus ministros, allanaron tanto lo sagrado y se identificaron tanto con el mundo que, en algunos casos, *desacralizaron* su ministerio.<sup>15</sup> Esta postura ayudó a vaciar de espacios y referentes sagrados el espacio público de forma progresiva. Algunos de los testigos directos de aquel momento lo califican de *niebla espesa* y afirman que fue una época sumamente compleja para la Iglesia de la segunda mitad del siglo XX (este periodo suele denominarse de crisis post-conciliar).<sup>16</sup> Lo que ocurrió se puede resumir en una visión mal entendida de la misión en el mundo, pues muchos quedaron como perdidos, sin saber cuál era el punto justo de diálogo de la Iglesia con el mundo, pues por una parte se había abierto una brecha enorme con la postura preconciiliar y, por otra, después del Concilio, no se sabía muy bien qué papel jugar con la intención de sintonizar con las estructuras temporales:

Un deseo de poner al día la fe, marginando a Dios y situando al hombre como centro; una reducción temporalista del mensaje evangélico de salvación; un replanteamiento de la identidad sacerdotal, que llevó a muchos a laicizar el estilo de vida, al tiempo que algunos pedían la abolición del celibato y otros tendían a ignorar o cambiar su carisma fundacional o a secularizarse; un experimentalismo litúrgico incontrolado y anárquico; un rechazo del magisterio eclesiástico, sobre todo en materia de moral sexual, unido a la defensa del marxismo, de la anticoncepción, del divorcio y hasta del aborto por parte de ciertos sectores católicos, incluso clericales.<sup>17</sup>

---

<sup>15</sup> No se trata de establecer una dicotomía entre lo sagrado y lo profano, pues ambas realidades son necesarias en el imaginario colectivo. Lo que se pretende subrayar es la progresiva pérdida de sentido de lo sagrado en detrimento de lo profano con el afán de llegar al mundo.

<sup>16</sup> J. HERRANZ, *En las afueras de Jericó*.

<sup>17</sup> J. HERRANZ, *En las afueras de Jericó*, 130.

Lo que salió a flote fue algo que ya estaba inoculado desde hacia tiempo y fruto de los profundos cambios culturales y sociales que se estaban dando en la sociedad del momento y que encontró entonces su cauce de expresión. Otro de los puntos fuertes que retrata el clima de desconcierto que se vivió en aquellos años, fue la respuesta del pueblo fiel y de muchos ministros a la encíclica *Humanae Vitae* del 29 de julio de 1968.<sup>18</sup> Muchos ignoraban lo que decían los textos conciliares, pero los titulares de prensa servían de canal de transmisión con epígrafes muchas veces sesgados. El intento de diálogo y apertura produjo muchos abandonos en el seno de la Iglesia y entre los fieles laicos:

Poco a poco, las dudas se fueron generalizando. En países como Canadá, Holanda, Estados Unidos, Alemania, Suiza, España o Francia, la “crisis postconciliar” se hizo especialmente aguda, aunque en cada lugar adoptase manifestaciones particulares. A unos, la fidelidad a la Iglesia les llevaba, en la práctica, a un conservadurismo estéril, a un apego a meras formas externas del pasado, a un *antiaggiornamento*. A otros, el *aggiornamento* les movía a la contestación y a la infidelidad.<sup>19</sup>

La sociedad cambiaba a un ritmo vertiginoso y la crisis en la que se había sumido la Iglesia parecía alejarla de los problemas más acuciantes. De hecho, dos meses antes de la encíclica *Humane Vitae*, estalló en París el famoso *Mayo del 68*. Esta fecha ha quedado marcada para la historia como un acontecimiento emblemático de la contestación estudiantil y del alejamiento de las bases juveniles de cualquier símbolo autoritario. Las ideas de Freud, Marx y Marcuse habían llegado a las bases juveniles para quedarse y se produjeron cambios muy relevantes en sus estilos de vida. La autoridad, bien religiosa o civil, era contestada por una masa apasionada que veía en la institución matrimonial y familiar una atadura al *amor libre* que propugnaban. En este contexto, el Papa firma la encíclica poco después del *Mayo del 68*, en plena *revolución sexual* que desembocaba en el “haz el amor y no la guerra” y la píldora anticonceptiva.<sup>20</sup>

---

<sup>18</sup> La crisis reinante iba mucho más allá de la Iglesia, pues se trataba de una crisis de índole social, política y cultural y en este contexto Pablo VI tuvo que poner en marcha el Concilio. Ciertamente en este periodo se respiraban fuertes vientos de cambio y rebeldía en Europa. Sorprendió el rechazo a esta Encíclica la postura de los anticatólicos, pero también se sumaron muchos grupos católicos que ya vivían una importante secularización en sus estructuras.

<sup>19</sup> J. HERRANZ, *En las afueras de Jericó*, 138.

<sup>20</sup> Los sectores más progresistas de la Iglesia se sentían decepcionados porque no se habían producido los cambios esperados tras el Concilio. Lo que ocurrió en las calles de París iba en consonancia con los cambios que se avecinaban en Europa y que progresivamente afectaría a todas las instituciones y estructuras de poder. En la revuelta estudiantil son muchos los cristianos, tanto católicos

Se fue generando un nuevo estilo de vida, amparado por los avances tecnológicos y científicos y la ya incipiente globalización. La pérdida de raíces cristianas “desembocó en el llamado materialismo de Occidente en Estados Unidos, Australia o las naciones de la vieja Europa; y en el materialismo de Oriente en los países de Europa Central y oriental que dependían de la extinta U.R.S.S.”:<sup>21</sup>

Fueron años de desconcierto. Algunos, que propalaban doctrinas claramente opuestas al magisterio de la Iglesia, escudaban su comportamiento en un nebuloso espíritu conciliar y tildaban a los que se oponían de retrógrados, integristas o conservadores. El término tridentino adquirió un matiz peyorativo, casi de insulto. Otros se aferraban a un Tradicionalismo que no era la verdadera tradición cristiana, que conduce siempre a la humildad y a la obediencia al Vicario de Cristo, y llamaban progresistas, indiscriminadamente, a todos los que no compartían sus puntos de vista.<sup>22</sup>

No parecía quedar claro cuál era el papel del sacerdocio ni del fiel y muchos de ellos se identificaron con la causa únicamente social e incluso de lucha por la clase trabajadora y en medio de ella. La estructura eclesial no era capaz de dar respuesta a un problema que se vivía de forma intensa entre el clero católico y el laico en medio de todo este clima quedaba como expectante y paralizado. No era tan preocupante la secularización *ad extra* que la se derivó después del Concilio *ad intra*. La justa separación de poderes religioso y político, junto con la pérdida de poder en las estructuras del mundo por parte de la Iglesia, invitaban a la ilusión de una vida evangélica más intensa; pero la secularización interna que nació en el seno de la misma Iglesia desnaturalizaba su dimensión sagrada. La Iglesia tuvo que pagar un alto precio en su misión de ser “luz y fermento en la masa” (Mt 13,31-33) y no contentarse con estar sometida a cualquier poder intramundano, como así se lo reconoce un importante sociólogo a pesar de la crisis de aquel momento:

El catolicismo sirvió como foco central de la crítica ilustrada de la religión. Ofreció durante siglos la resistencia más aparentemente fútil, de principios y energía a los procesos de modernización y secularización. Se resistió al

---

como protestantes, que son invitados a participar y unirse a la contestación. cf. D. PELLETIER, *La crise catholique*, 33-29. A pesar de todo ello uno de los enemigos de tal revolución era la Iglesia a nivel institucional y muchos creyentes tenían la sensación de que la Iglesia debería ser una Iglesia del pueblo y para el pueblo y no en órganos de poder: “Le cristianisme: l’ennemi n° 1”, reza otro de los eslóganes que proliferaron en la capital del Sena”. G. BARRAU, *Le mai 68 des catholiques*, 7.

<sup>21</sup> J. HERRANZ, *En las afueras de Jericó*, 141.

<sup>22</sup> J. HERRANZ, *En las afueras de Jericó*, 141.

capitalismo, al liberalismo, al Estado secular moderno, a las revoluciones democráticas, al socialismo y continua resistiéndose a la revolución sexual y al feminismo. Incluso después de su acomodación oficial a la modernidad secular y de renunciar a su identidad como Iglesia estatal monopolista, la Iglesia católica rechaza convertirse en pura religión privada, como una creencia privada más. Desea ser a un tiempo moderna y pública. Efectivamente, desde el Vaticano II, ha mantenido un perfil altamente público a lo largo del mundo.<sup>23</sup>

## 2. LA SECULARIZACIÓN DENTRO DE LA IGLESIA. PODER DE LOS CLÉRIGOS Y EL LAICADO

La Iglesia preconiliar presentaba una realidad altamente jerarquizada, donde la visión clerical se adueñaba del poder espiritual y lo personificaba en la figura del sacerdote, convirtiendo al laico en un mero receptor de lo sagrado, lo que podía conducir al laico a la tentación del clericalismo si deseaba una colaboración más estrecha o de pasividad si se contentaba con la mera asunción de una pastoral sacramental. Como frutos del Concilio Vaticano II nacen documentos que advierten de la necesidad de potenciar la figura del laico en la vida de la Iglesia, sin la necesidad de asumir roles clericales sino desde su mismo estar en el mundo. Se hace necesaria a día de hoy, siguiendo el espíritu del Concilio, una progresiva entrada el papel del laico en la estructura de la Iglesia, de modo que lo que pueda hacer el laico no lo haga del clérigo. Lo que es propio del clérigo es la *cura animarum* y todo lo que se salga de ahí en el desarrollo de la misión de la Iglesia y que lo pueda hacer el laico que no lo haga el clérigo. Precisamente, la exhortación apostólica de Juan Pablo II *Christifideles Laici* (1988) prevenía de este peligro y venía a reflexionar sobre la importancia de los laicos en el mismo seno de la Iglesia, sin por ello tener que clericalizarse, sino asumiendo su papel como creyente en medio del mundo (CFL).

El que fuera prelado del *Opus Dei*, el beato D. Álvaro del Portillo, fue nombrado perito del Concilio y su participación fue destacada en el mismo como consultor de la comisión mixta para las asociaciones de fieles, supo destacar a este respecto que el fiel laico ya colaboraba plena y activamente, por el bautismo, en la vida de la Iglesia sin necesidad de

---

<sup>23</sup> J. CASANOVA, *Genealogías de la secularización*, 171.

clericalizarlo.<sup>24</sup> El sacerdote debe pasar del poder temporal o terrenal a la *auctoritas*, que deviene de una coherencia personal y en pos de un mayor servicio a los fieles. La autoridad es hacer público el ministerio, pero no como poder, sino como servicio: las dos facetas, la del clérigo y la del laico han de ser clarificadas a día de hoy:

La clericalización de la Iglesia debe ser evitada en dos sentidos: en sentido espiritual y en sentido estamental. En sentido espiritual son clericales los que opinan que el cura, por el mero hecho de serlo, está más próximo a la perfección cristiana que los demás [...]. Son clericales estamentales los que opinan que el laico pertenece a la jerarquía eclesiástica de forma análoga a la que hace que el soldado de a pie pertenezca al escalafón militar.<sup>25</sup>

Por tanto, se hace necesaria esta visión intraeclesial donde el laicado participe de su propia misión en la Iglesia y como se desprende del sentir de los documentos magisteriales que todavía no han sido del todo comprendidos: “En razón de la común dignidad bautismal, el fiel laico es corresponsable, junto con los ministros ordenados y con los religiosos y las religiosas, de la misión de la Iglesia” (CFL 15). Va quedando clara la igual dignidad del laicado por su bautismo y se le asigna la dimensión secular como propia y peculiar de su misión (GS 32). Se acentúa con ello la dimensión secular de la Iglesia, hasta hoy poco valorada: “la Iglesia tiene una auténtica dimensión secular, inherente a su íntima naturaleza y a su misión” (CFL 15). Benedicto XVI se refirió a la problemática del Concilio Vaticano II en el año 2005 ante la Curia romana y abogó por una correcta hermenéutica del mismo. La interpretación difería en diversos sectores eclesiales y se hacía necesario interpretar correctamente cuáles eran sus premisas y postulados. En conclusión, la Iglesia tenía que alejarse de todo poder terreno y político y su misión debería girar alrededor del servicio a los pobres y la caridad, entendiendo por *pobres* no únicamente el aspecto material sino el de aquellos que no conocen el evangelio. Se dieron aspectos que han sido positivamente valorados dentro de la Iglesia en referencia a su auténtica misión en el mundo y de la necesidad de apartarse de poderes mundanos:

La Iglesia en absoluto puede entenderse a sí misma después de todo como parte o función de la “sociedad”. La Iglesia constituye un pueblo cuya parte más importante ya no se encentra sobre esta tierra, sino allí donde se une

---

<sup>24</sup> A. DEL PORTILLO, *Fieles y laicos en la Iglesia*, 117-119.

<sup>25</sup> J. PÉREZ ADÁN, *Manifiesto anticonservador*, 85-86.

con los “poderes celestiales y los santos serafines”, tal como se dice en la misa. Sin esa perspectiva, la relación de los cristianos con el mundo sería ficticia y carente de vigor.<sup>26</sup>

El papa Francisco recuerda vivamente en todo su pontificado que el clérigo no es una élite, sino que su misión reside en el servicio y previene de cualquier tipo de clericalismo que ningún bien hace a la Iglesia. No obstante, se lamenta de que esta misión del laico esté todavía por descubrir en su plenitud y en su misión pasados los 50 años del Vaticano II. En la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, a modo de programa o itinerario de desarrollo de lo que va a ser su pontificado y de donde penden los otros documentos por él promulgados, el papa Francisco apunta del tema del laicado como uno de los puntos fuertes que para él es de suma importancia para redescubrir la verdadera misión de la Iglesia. No obstante apunta el camino que queda por recorrer y denuncia la falta de espacio del que el laico no ha gozado en su voluntad y vocación de servir a la Iglesia:

Los laicos son simplemente la inmensa mayoría del Pueblo de Dios. A su servicio está la minoría de los ministros ordenados. Ha crecido la conciencia de la identidad y la misión del laico en la Iglesia. Se cuenta con un numeroso laicado, aunque no suficiente, con arraigado sentido de comunidad y una gran fidelidad en el compromiso de la caridad, la catequesis, la celebración de la fe. Pero la toma de conciencia de esta responsabilidad laical que nace del Bautismo y de la Confirmación no se manifiesta de la misma manera en todas partes. En algunos casos porque no se formaron para asumir responsabilidades importantes, en otros por no encontrar espacio en sus Iglesias particulares para poder expresarse y actuar, a raíz de un excesivo clericalismo que los mantiene al margen de las decisiones (EG 102).

Para el papa Francisco el laicado posee en sí la virtud de depurar la verdadera misión de la Iglesia en la atención al más necesitado y en establecer el orden adecuado de las virtudes evangélicas. La liturgia nos hace presente el *misterio de los divino* y sin ella no habría Iglesia, pero la transformación de las estructuras el mundo es otra de las características que dimanar del evangelio y en tal sentido el papel del laico resulta de vital importancia. Se hace más necesario que nunca revitalizar y repensar el laicado en una Iglesia que necesita estar en misión constante y no ajustarse a un tipo de pastoral de un mínimo mantenimiento sacramental. Lo

---

<sup>26</sup> R. SPAEMANN, *El rumor inmortal*, 232.

que busca el papa Francisco es la identidad de una *Iglesia en salida* hacia las necesidades del hombre de hoy:

Nadie debería decir que se mantiene lejos de los pobres porque sus opciones de vida implican prestar más atención a otros asuntos. Ésta es una excusa frecuente en ambientes académicos, empresariales o profesionales, e incluso eclesiales. Si bien puede decirse en general que la vocación y la misión propia de los fieles laicos es la transformación de las distintas realidades terrenas para que toda actividad humana sea transformada por el Evangelio (EG 201).

El actual papa está acabando de redactar un nuevo documento –a modo de exhortación apostólica– que será de vital importancia para la Iglesia actual y que saldrá en breve a la espera de las distintas traducciones. En este documento tratará *in extenso* del papel del laicado en el mundo y de la santidad del mismo. Así pues, el presente artículo sirve como preámbulo de una cuestión que va a ocupar gran parte de la preocupación de la Iglesia a corto y medio plazo. Nos hemos avanzado a debatir una cuestión que va a ser de enorme calado en el presente y futuro de la Iglesia.

## CONCLUSIONES

La Iglesia ha de ser reconocida en su misión en el mundo sin la necesidad de establecer pactos de Estado que la obliguen. Se trata de la institución antigua más soberana que existe, más que cualquiera de los Estados actuales y que han devenido en modernos Estados-nación. Lo que ha ocurrido es que tantas veces la Iglesia al sentirse perseguida ha buscado el amparo protector de los distintos Estados como un mal menor. No obstante, es bueno recordar que la libertad de la Iglesia se halla en su total independencia de cualquier tipo de poder terreno como se colige de la cita de san Pablo a los romanos: “Porque el Señor es el Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad” (2Cor 3,17). Esta cita remarca la independencia de la Iglesia respecto de cualquier poder intramundano, pues su realidad es expresada por *el apóstol de los gentiles* en términos de absoluta autonomía respecto de los distintos poderes que a lo largo de la historia la quieran domesticar. Para tal fin es necesaria la colaboración del laicado como pide el Concilio Vaticano II, ello redundará en una mayor presencia de la Iglesia en las estructuras del mundo y en una normalización de su misión y de adecuación a la realidad actual.

Fruto de esta apertura conciliar nacen los ministros laicales, catequistas y agentes pastorales en lo que se denomina comunidades de base que vienen a ser como células iniciales de la estructura eclesial, focos de evangelización y factores primordiales de promoción humana y desarrollo. El riesgo está, como hemos señalado, en reducir la salvación al aspecto meramente sociopolítico. No obstante, quedan secularizaciones necesarias a nivel intraeclesial pendientes y que deseamos subrayar, pues el camino no está concluso. Las hemos desgranado en seis puntos:

1. La desclericalización de las estructuras eclesiales. Es una necesidad que la Iglesia se pueda expresar en toda su riqueza como *pueblo de Dios*, especialmente tomando protagonismo los sectores laicales, sin menoscabo de la unidad de la fe. Liberación de los clérigos de tareas burocráticas y administrativas; de modo que los clérigos puedan dedicar su entera misión a la cura de almas y no ser confundidos en los dos planos civil y religioso. Es la línea en la que está trabajando el papa Francisco.
2. Profesionalización de las estructuras eclesiales: para que se elija al más capaz para cada cargo, independientemente de si es o no sacerdote, con la característica de que hay cargos que pueden realizarlos perfectamente los laicos, pues no afectan a la administración de sacramentos ni a la liturgia. Profesionalización es igual a competencia y la persona que asuma un cargo debe de estar ahí porque sea la más preparada en la materia y no por designación.
3. Remuneración del trabajo realizado: para tal fin somos conscientes de que muchas diócesis no podrían asumir el dispendio de pagar a laicos por trabajos realizados para sus diócesis respectivas, pero habría que estudiar un sueldo digno y la forma de que esto se pudiera dar en el futuro.
4. Reconocer los derechos laborales y de asociación profesional por medio de sindicatos y agrupaciones expertas de las personas que trabajan para la Iglesia. Pueden organizarse desde la misma institución y no necesariamente ser llevado a cabo por organizaciones sindicales extrañas a la propia Iglesia.
5. El papel de la mujer en la vida de la iglesia puede y debe vehicularse a través de una necesaria potenciación del laicado. Esta sería la forma de darle el protagonismo que pide hoy día la mujer y que, cada vez es de mayor urgencia, ocupando cargos de deci-

- sión otorgados por competencia profesional y al servicio de la misión de la Iglesia y en comunión con ella.
6. Abandono de la Iglesia de cualquier poder temporal con la finalidad de potenciar su misión en el mundo y ser vista en lo que es: La Iglesia nacida en Pentecostés, una Iglesia evangélica y para los pobres en sentido amplio.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALBERIGO, G., *La condición cristiana después del Vaticano II*, Cristiandad, Madrid 1987.
- BARRAU, G., *Le mai 68 des catholiques*, Éditions de l'Atelier, París 1998.
- CASANOVA, J., *Genealogías de la secularización*, Anthropos, Barcelona 2012.
- ELZO, J., *Los cristianos, ¿en la sacristía o tras la pancarta?*, PPC, Madrid 2013.
- HERRANZ, J., *En las afueras de Jericó*, Rialp, Madrid 2007.
- JUAN PABLO II, *Cruzando el Umbral de la esperanza*, Plaza & Janés, Barcelona 1994.
- PELLETIER, D., *La crise catholique*, Payot, París 2002.
- PÉREZ ADÁN, J., *Manifiesto anticonservador*, Carmaiquel, Valencia 1998.
- , *Sociología: Comprender la Humanidad en el Siglo XXI*, Eiunsa, Madrid 2006.
- PHILLIPS, G., *La Iglesia y su misterio en el Concilio Vaticano II*, Herder, Barcelona 1968.
- PORTILLO, A. DEL, *Fieles y laicos en la Iglesia: bases de sus respectivos estatutos jurídicos*, Eiunsa, Madrid 1991.
- REDONDO, G., "Secularidad y secularismo", *Revista del Instituto Martín de Azpilicueta Universidad de Navarra XVII* (1987).
- RICHI ALBERTI, G., "A propósito de la "hermenéutica de la continuidad". Nota sobre la propuesta de B. Gherardini", *Scripta Theologica* 42 (2010).
- SPAEMANN, R., *El rumor inmortal*, Rialp, Madrid 2010.

## *Documentos Magisteriales*

- Apostolicam Actuositatem*, Decreto del Vaticano II.
- Gaudium et Spes*, Constitución pastoral del Vaticano II.
- Christifideles Laici*, Exhortación apostólica de Juan Pablo II.
- Evangelii Gaudium*, Exhortación apostólica de Francisco.

